



PRESENTACIÓN

Manuel Gutiérrez Navas
Director de Mediterráneo Económico

La economía social y solidaria, o ESS, como se abrevia con frecuencia en las más de 500 páginas que siguen, es una realidad consolidada en nuestro país y uno de los motores de nuestro sistema productivo. Unos 21 millones de personas, aproximadamente el 43 % de la población, acceden a toda clase de bienes y servicios de primera necesidad y a un empleo estable a través de las 43.000 empresas y entidades de carácter asociativo y mutualista que existen en España, a las que están vinculadas como socios, empleados, usuarios y/o beneficiarios. Un conglomerado heterogéneo que va de la microempresa a la gran corporación, con una presencia firme en ámbitos tan dispares como la educación, la salud, la gran distribución o la banca, pero sobre todo excepcionalmente dinámico en la última década y con una personalidad propia. Un modelo empresarial que funciona, que supone el 10 % del PIB y el 12 % del empleo con más de 2,2 millones de puestos de trabajo directos e indirectos, que ha resistido los efectos de la crisis de 2008 mejor que otros muchos –un ejemplo de «resiliencia» por hablar en la jerga de los nuevos tiempos–, y que en definitiva facilita el acceso a mercados y productos a aquellos agentes de la economía real que, de forma individual, encontrarían numerosas barreras de entrada a menudo insalvables.

En el resto de Europa la economía social también es un sector clave, con nada menos que 2,8 millones de organizaciones y entidades adheridas a esta fórmula, el 10 % del total del censo empresarial, y que generan el 8 % del PIB y 13,6 millones de empleos, con especial desarrollo en determinados países como Francia e Italia. Más allá, en el conjunto de la región euromediterránea, que es el marco de referencia de esta publicación, el número de empresas llega a los 3,2 millones con 15 millones de trabajadores. En este contexto, la economía social española es una referencia para el resto de la Unión Europea y para nuestros vecinos del norte de África. Tanto por nuestra tradición asociativa y su peso específico en el tejido productivo, como por el carácter pionero de algunas de nuestras iniciativas institucionales y legislativas para el fomento de esta variedad de empresas. Como por ejemplo la Ley 5/2011 de Economía Social y la Estrategia Española para la Economía Social 2017-2020, citadas con frecuencia en este volumen.

Y, sin embargo, la economía social sigue siendo un actor poco visible para buena parte de la ciudadanía, fundamentalmente para aquella que no desarrolla su carrera profesional en cualquiera de sus fórmulas empresariales ni es consciente, aunque lo haga a diario, de beneficiarse de alguno de sus servicios mutualizados, como puedan ser herramientas de previsión y salud o centros educativos gestionados por sociedades laborales. En la sociedad digital, el protagonismo mediático (y a menudo académico) suele recaer en la gran empresa cotizada, la franquicia global o la emergente

tecnológica, pero difícilmente gira su foco hacia la cooperativa agroalimentaria —aunque esta sea líder sectorial y fije empleo y población al territorio—, la mutua o el centro de inserción, por mucho que el impacto positivo inmediato de todas ellas sea infinitamente mayor en términos económicos, sociales y ambientales.

El propio término de «economía social» es quizá demasiado ambiguo y lleva a confusión, sobre todo si viene emparejado con su cuasi sinónimo de «tercer sector» —cuarto, en el caso de Latinoamérica—, que a menudo se identifica exclusiva y erróneamente con servicios asistenciales sin ánimo de lucro e iniciativas altruistas dirigidas a colectivos en riesgo de exclusión, que proliferan en los momentos depresivos del ciclo, o a proyectos de cooperación y solidaridad internacional. O, desde una perspectiva igualmente sesgada, con actividades poco productivas y aún menos tecnificadas del ámbito rural, de quienes ven el cooperativismo y la empresa asociativa como apenas una válvula de escape ante la crisis estructural de un sector atrasado. Como si el sector agroalimentario, otra de las locomotoras de nuestro tejido productivo, no fuese precisamente el epicentro de algunas de las empresas más competitivas de nuestro pabellón y el laboratorio de las tecnologías más avanzadas en los campos de la bioquímica, la genética, las energías renovables, la robótica y el tratamiento masivo de datos. Todas ellas herramientas clave para el desarrollo sostenible en el siglo XXI.

Por todo ello, por la magnitud de puestos de trabajo, actividad y recursos que se movilizan en torno a la economía social; por su repercusión directa en la renta, el bienestar y la atención de las necesidades básicas de millones de personas; por los valores internacionalmente reconocidos de equidad, igualdad, ayuda mutua e inclusión que la impulsan; por su papel protagonista en esta nueva etapa de la economía global, una vez superada la peor crisis económica de nuestra historia reciente, con las miras puestas en la Agenda 2030 de Naciones Unidas y la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible; y, cómo no, porque nosotros, en la banca cooperativa Cajamar, somos economía social; por todo ello hemos decidido volver a dedicar un número de Mediterráneo Económico a su estudio.

La primera vez fue hace ya 15 años, en 2004, cuando el profesor Juan Francisco Juliá, de la Universitat Politècnica de València, coordinó el volumen 6, titulado «Economía social. La actividad económica al servicio de las personas». Años después, en 2013, llegó el volumen 24, dedicado a «El papel del cooperativismo agroalimentario en la economía mundial», coordinado por Eduardo Baamonde, entonces director general de Cooperativas Agro-alimentarias España y actual presidente de Cajamar Caja Rural, y que en este mismo número firma un artículo sobre nuestro modelo de banca cooperativa como agente financiero del desarrollo local y regional al servicio de las personas y de las buenas ideas. Desde entonces, y aun habiendo sido una temática transversal en varias entregas de la colección, hasta hoy no le habíamos vuelto a dedicar una monografía, si bien hemos seguido alimentando nuestra «Biblioteca del Cooperativismo» con sucesivas publicaciones, todas ellas accesibles en formato gratuito y abierto desde la web, además de continuar con la labor de investigación socioeconómica y divulgación que se realiza desde nuestra red de cátedras universitarias, con dos de ellas dedicadas específicamente al sector de la ESS.

Esta publicación se plantea con el objetivo de seguir avanzando en una definición lo más clara y precisa posible del complejo universo de la economía social en España, enmarcada, como no podía



ser de otra manera, en su contexto euromediterráneo. Para que todos sepamos con propiedad de qué hablamos cuando hablamos de economía social, y más concretamente de qué hablamos cuando hablamos de empresas de economía social. Porque si al sintagma no le añadimos el primer sustantivo, por mucho que para algunas mentes prejuiciosas empresa y social y solidario pertenezcan a campos semánticos antagónicos, habría sido un ejercicio estéril.

La economía social habla de personas, pero de personas que participan en un proyecto común con el fin de alcanzar un objetivo económico de primera necesidad para el colectivo que la impulsa. No se trata de explotar un nicho de mercado, maximizar el beneficio ni generar una nueva demanda, sino de cubrir necesidades reales de personas en la economía real, de la provisión de bienes y servicios de toda clase que, o bien por su alto coste o bien por la escasa rentabilidad marginal de su producción, no interesan a las sociedades mercantiles convencionales, o las ofrecen a un precio inasumible por amplias capas de la población.

En definitiva, de empresas de iniciativa y propiedad compartida, que anteponen al capital el desarrollo del individuo y la consecución del objeto social, que en función de sus necesidades específicas y de la tradición sectorial pueden adoptar la forma de cooperativas, sociedades laborales, mutualidades, centros especiales de empleo, empresas de inserción, cofradías de pescadores, asociaciones o fundaciones. Todas estas empresas conforman nada menos que del 10 % del tejido empresarial europeo, que obligado como está a competir en un mercado abierto y ser todo lo eficaz y eficiente posible, adopta voluntariamente una fórmula societaria específica, desde el convencimiento de que es la que mejor se adapta a sus fines, y asume planteamientos de gobernanza, de gestión y de modelo de negocio muy específicos, y que además de su viabilidad como proyecto económico inciden directamente en el desarrollo local sostenible de su entorno más próximo.

Así, en este número, tras introducir al lector en el desarrollo conceptual de las empresas de economía social y de las estadísticas más recientes —uno de los retos pendientes del sector, como apunta en su contribución José Luis Monzón, presidente de CIRIEC-España—, se ha llevado a cabo un análisis en profundidad de los diversos agentes empresariales que participan en el ecosistema de la ESS, incluyendo el estudio de casos de éxito concretos, así como de sus reivindicaciones históricas y de cómo le afectan los últimos cambios normativos, de las posibilidades de desarrollo de esta fórmula empresarial para seguir generando riqueza, empleo y cohesión territorial en la actual economía de la incertidumbre, y de su papel como palanca para la convergencia económica y la lucha contra las desigualdades en otros países de nuestro entorno, en el marco de una economía mundo en la que no podemos mantenernos al margen de la problemática social de la mitad sur de nuestro Mediterráneo.

Desde que se planteó este proyecto editorial hemos sido conscientes de lo ambicioso del mismo. No cabe duda de que las publicaciones en castellano sobre economía social son numerosas, afortunadamente. Pero aun así echábamos en falta una visión de conjunto como esta, actualizada y con la participación de responsables políticos e institucionales de todos los países involucrados, portavoces sectoriales, líderes empresariales y estudiosos del sector. Y para coordinar una obra de estas características, decidimos volcar nuestra mirada a la Confederación Empresarial Española de la Economía Social, CEPES, no solo por su carácter representativo como plataforma de diálogo institucional con los poderes públicos, sino, y fundamentalmente, porque conocíamos sobradamente a las personas que

están detrás de la misma, y muy especialmente a su presidente, Juan Antonio Pedreño, reconocido por su empeño en integrar y dinamizar el sector; dotarlo de una voz propia ante la Administración y darlo a conocer ante el conjunto de la sociedad, además de fomentar la intercooperación dentro y fuera de nuestras fronteras entre todos los agentes de la ESS.

Constituida en 1992, en CEPES unen sus fuerzas 25 organizaciones, confederaciones estatales o autonómicas y grupos empresariales, con el respaldo de más de 200 estructuras territoriales de apoyo, que abarcan todo el ecosistema de la economía social en nuestro país. Entre ellas, el Grupo Cooperativo Cajamar, que aporta su profundo conocimiento del sector y su experiencia como agente de desarrollo local y referente de la banca cooperativa en España, con soluciones financieras específicas y asesoramiento especializado para las empresas de economía social.

Como recuerda el presidente de Cajamar, Eduardo Baamonde, en su aportación a este número de Mediterráneo Económico, las cooperativas, y por extensión todas las iniciativas de economía social, son «empresas con causa». La causa del desarrollo económico, social y personal de los individuos que las integran. Con este número hemos querido colocar en su lugar la aportación de este segmento y reivindicar su potencial como herramienta de construcción de la Europa social, en entredicho tras la crisis de la Constitución europea y la amenaza del brexit, y como palanca de desarrollo y cooperación internacional en España y a ambas orillas del Mediterráneo. A fin de cuentas, como una de las fórmulas prioritarias para aquello que se ha dicho tantas veces, muchas de ellas desde las páginas de nuestra colección: la construcción de un nuevo modelo productivo, más eficiente, más sólido, más competitivo, pero también más justo y más equitativo, más sostenible, de cara a la nueva etapa de la economía global que está por venir. Y lo hacemos desde la economía social, orgullosos de nuestra naturaleza cooperativa, y de ser lo que somos porque hacemos lo que hacemos.

Tan solo me resta agradecer a Juan Antonio Pedreño y a todo su equipo, en especial a Carlos Lozano, coordinador de Relaciones Internacionales de CEPES, su entusiasmo con el proyecto que ahora ya es una realidad, su capacidad de trabajo y su rigor. Pero sobre todo su humanidad. A fin de cuentas, este también es una publicación de personas para personas, con las que confiamos en seguir colaborando en el futuro para avanzar en el fortalecimiento de la economía social en España.